

MUSEO VALENCIANO DE LA ILUSTRACION EN VALENCIA

Algunos apuntes generales

El proyecto se apoya siempre sobre una primera idea, vaga y difusa, que puede o no contener ya ciertas determinaciones formales. Esta idea se va transformando y enriqueciéndose a medida que se confronta con todos los factores que intervienen en el proceso del proyecto. Se trata, por tanto, de un proceso de acumulación y de estratificación, que avanza y retrocede sin pararse, siempre adelante. Un proceso que será fluido, abierto, en zig-zag, nunca lineal, que no renuncia a la eliminación, salvo de aquellos elementos superfluos y que puede asumir la coexistencia de argumentos antagónicos de la misma manera que reconoce la diversidad de experiencias y de tradiciones.

Decía Siza que el problema de la arquitectura reside en hacer un todo con unos restos. Se trata por tanto de recomponer, de ensamblar los fragmentos desordenados y alcanzar un orden nuevo, un nuevo equilibrio entre tensiones múltiples y diversas.

El Museo de la Ilustración se distancia de los contenidos expositivos de otros museos en el sentido de que no se trata tanto de un museo de objetos como de un museo de ideas, en el que el recorrido se articula a través de escenarios, de espacios que deben mucho a las referencias literarias, musicales y cinematográficas.

El desarrollo del proyecto modificó sustancialmente la propuesta del concurso que nos fue adjudicado en 1997. Las bases del concurso definían un perímetro de edificación de la parcela con una geometría angulosa y desconyuntada que habría de coincidir con el trazado de las fachadas del edificio. Por tanto, podríamos decir que la forma y volumetría del Museo han venido determinadas por las exigencias de las normativas urbanísticas. Pero será también el recorrido de los visitantes, un recorrido descendente a través de numerosas salas de exposiciones organizadas en rampas muy suaves, lo que termina por definir la organización de su espacio interior. Hemos propuesto una arquitectura flexible, fluida, capaz de interrogarse acerca de las condiciones del lugar y capaz de integrar todas las fuerzas en conflicto, pero sin que el proyecto en su configuración formal sea reflejo de esta situación conflictiva.

Es cierto que cada vez es más difícil alcanzar una síntesis de los problemas planteados en cada proyecto, ya sea por la celeridad de los cambios o por el incremento de información, pero entiendo que la arquitectura no debería ser reflejo de esta situación de caos e inestabilidad. Debe superar, como bien señala Siza, esta situación y alcanzar un estado de equilibrio. A este estado de equilibrio es a lo que llamamos la forma del edificio, un punto de equilibrio, de armonía entre todas las partes que confluyen en el proyecto.

De entre todos los factores que intervienen en el proceso del proyecto, dos de ellos destacan en mi trabajo con mayor intensidad: la construcción, es decir las condiciones materiales de la producción y el lugar, entendido como base conceptual del proyecto.

La arquitectura encuentra su razón de ser en su construcción. Siento una enorme desilusión cuando el proyecto no se convierte en edificio, porque el proyecto ha sido pensado para ser construido, vinculando las ideas al conocimiento constructivo. La elección adecuada de los materiales y la forma de tratarlos es primordial en la expresión arquitectónica del proyecto. También la utilización de las nuevas técnicas constructivas, pero procurando hacerlas propias, reinventándolas de nuevo en cada proyecto.

En el Museo de la Ilustración hemos usado pocos y buenos materiales: hormigón visto, acero y aluminio, vidrio y piedra natural. Resolver el encuentro entre ellos es un tema trascendente ya que se trata de acentuar la potencia expresiva de cada uno de ellos al relacionarlo con los demás. Por ejemplo, el encuentro de las luminarias de vidrio del vestíbulo con el acero cortén, permite que el vidrio acentúe sus cualidades, se haga más frágil, transparente y luminoso o la luz natural que resbala por los muros de la biblioteca, utilizada aquí en su condición casi matérica, resalta y pone en valor los paños de madera.

La resolución de los detalles me interesa en cuanto supone una mayor clarificación de la forma. El detalle constructivo no debe convertirse nunca en un episodio autónomo, cerrado en sí mismo, ya que introduciría confusión y distraería la lectura correcta del edificio, al perder intensidad y consistencia las ideas que lo generaron. En este caso la excesiva atención al detalle deviene un acto superfluo, como lo es a veces la exhibición del lujo innecesario de los materiales o cuando éstos se convierten en un extenso muestrario.

En este sentido creo que hemos construido un edificio denso y con presencia pero al mismo tiempo contenido y austero. Expresaba Hölderlin un pensamiento que lo asumo plenamente "Donde la sobriedad te desasiste está el límite de tu inspiración". Sobre todo en estos tiempos de apreciación de la arquitectura-espectáculo, de la arquitectura de efectos especiales y abultados presupuestos. Soy partidario de recuperar la actitud ética ante la profesión. Creo que la arquitectura de progreso es aquella que se mide con los tiempos largos propios de la arquitectura. Aquella que tiene vocación de perdurar y que mantiene su vigencia a lo largo del tiempo.

Otro de los temas que más me interesa es la relación con el lugar o con los edificios existentes en el caso de intervención sobre el patrimonio construido. La sensibilidad hacia el lugar es un fenómeno relativamente reciente en la arquitectura contemporánea. Aunque esta relación deba ser bastante compleja. No existe una respuesta literal, inmediata, tras el análisis del lugar. Debe existir una fluencia recíproca de intereses, de aportaciones entre el lugar y el edificio. No es posible hablar de una relación causa-efecto, de una respuesta deductiva, inmediata y literal.

Al límite podríamos decir que una arquitectura apropiada al lugar, como ha dejado escrito Moneo, podría demandar incluso su demolición. Se trata, por tanto, de una relación dialéctica más compleja, pero es ahí, en su acertada resolución donde la arquitectura encontrará su esencia.

Esto nos lleva a hablar de la dimensión urbana de la arquitectura, de la cualidad urbana de lo arquitectónico, que entiendo es un tema recurrente, casi una obsesión, que transita por casi todos mis proyectos. La arquitectura no es un objeto ensimismado, un artefacto aislado, sino que establece una relación de continuidad con su entorno. La mirada atenta hacia el objeto se transforma así en una mirada esquiva hacia su exterioridad.

El Museo de la Ilustración, a pesar del exigido sometimiento al perímetro de edificación de la normativa, busca resolver de forma satisfactoria el sistema de relaciones entre el propio edificio y el entorno en el que se establece.

La localización del acceso principal bajo el propio edificio, que supone perforar la pieza más larga a fin de poner en comunicación las dos áreas ajardinadas muestra el interés del proyecto por dotar a la arquitectura propuesta de un cierto carácter urbano, o dicho de otra manera, de poner de relieve la cualidad urbana de lo construido. Edificio-pasaje que permitirá establecer ahora una relación fluida y permeable en su entorno arbolado a la vez que deviene en telón de fondo de los jardines del Hospital.

El edificio como objeto aislado no me interesa tanto como cuando se convierte en paisaje. Por eso hablamos de una arquitectura flexible y libre, capaz de responder y de adaptarse a las lógicas cambiantes. De una arquitectura entendida casi como un lugar, como un *lugar urbano*, más que como edificio. Una arquitectura que celebra la vida, que exalta la vida y no el objeto que la determina, como decía Zevi al referirse a la arquitectura orgánica.

Las propuestas para la Ordenación del Borde Marítimo de Vigo, tanto el acuario como otros edificios dotacionales, el Museo Nacional de Arqueología Subacuática en Cartagena o el Museo de Valencia son buena prueba de ello. Son edificios que pertenecen al lugar donde han sido o serán construidos. Fuera de sus contextos perderían su significado y su razón de ser.

En cuanto a la relación con la historia, en el caso de intervenciones en edificios existentes, mis edificios mantienen una relación compleja pero confortable, bien avenida, tan lejos del mimetismo historicista, del pastiche, como de la exhibición retórica del contraste. Es una actitud que no festeja el encuentro entre las dos arquitecturas, que no busca la autocomplacencia en la yuxtaposición, sino que por el contrario trata de ensamblarlas con naturalidad, con armonía, en definitiva, sin sobresaltos.

Considero que esta actitud es bastante elocuente en intervenciones como en la Cartuja de Sevilla (IAPH) o en el Palacio de San Telmo, sede de la Presidencia del Gobierno en Andalucía. También en un proyecto reciente, que acabamos de ganar hace unos días, como es el Museo del Mar y la Navegación en Génova. Se trata de una intervención sobre fragmentos de las antiguas atarazanas del puerto de Génova.

Nuestro proyecto era bastante arriesgado en el sentido en que proponíamos la demolición de episodios construidos con una arquitectura sin interés que habían sido añadidos a lo largo de los años a las viejas estructuras abovedadas de los astilleros.

Las bases del concurso aconsejaban la permanencia de estas adiciones ya que otorgaban la imagen que el edificio protegido hoy presenta. Pero entiendo, que en ocasiones, para conservar, para preservar la arquitectura de calidad es preciso demoler aquellos episodios que le restan autenticidad y valor. Una actitud que difícilmente entienden aquellos que supuestamente velan por la preservación de nuestro patrimonio construido, que desconfían de la novedad sin reparar en que aquello que hoy tan celosamente protegen supuso en su momento una sacudida, una gozosa e intensa novedad. En nuestro proyecto se percibirá ahora bajo las bóvedas piranesianas el sonido de la contemporaneidad.

Algo similar sucede con la tradición, que necesita ser renovada para mantenerse viva. Y esta renovación permite reinterpretar la tradición con libertad. La interpretación no es, por tanto, una simple traslación del pasado, sino una nueva aventura, un acto de creación.

La hibridación y el mestizaje vivifican la tradición. Desconfío de aquellos que mantienen un celo excesivo en la protección de la tradición ya que ello conduce de forma inexorable al aislamiento. Y, como bien apunta Siza de nuevo, el aislamiento conlleva la pobreza y la degradación. Por ello es absolutamente necesaria la renovación continua, desdibujando los límites, confundiendo fronteras entre tradición y modernidad, arquitectura y naturaleza, arquitectura y ciudad, arte y vida.

Guillermo Vázquez Consuegra
Valencia. 2000